

La alimentación durante la pandemia

Por qué es necesario transformar nuestro sistema agroalimentario y qué rol juegan las y los consumidores en ello

Tamara Artacker

“Yo madrugando y ustedes recién llegan, ¡cómo es posible!” exclama, entre risitas, una señora de unos 45 años, en el momento en el que Tonia María Gualoto se baja de una camioneta, cargada de gavetas con lechugas, zanahorias, tomates y frutillas, en el centro de Quito. La señora que ya llevaba 15 minutos esperando, es una consumidora fiel de la feria agroecológica que antes de la pandemia se realizaba todos los domingos en el parque de la Carolina.

Con el inicio de la emergencia sanitaria en Ecuador, esa feria, como muchas otras en todo el país, ha tenido que cerrar y no ha logrado reactivarse hasta el momento. Eso obliga a las y los productores a buscar otros espacios y vías para vender sus productos.

Tonia, productora agroecológica de la comunidad San José de Cocotog, Pichincha, tuvo la suerte de encontrar la posibilidad de poner un puesto los días sábados en el patio de El Cafecito, local ubicado en la Mariscal Sucre, para allí ofrecer sus hortalizas y frutas. En un momento se planteó que todas y todos los feriantes de la Carolina se instalen aquí, como lugar alternativo, pero las exigencias de bioseguridad lo imposibilitan: el espacio es tan estrecho que no se hubieran podido evitar las aglomeraciones.

Sin embargo, tener un espacio de venta no lo es todo. En estos meses hemos visto cómo la pandemia afecta a las economías de las agriculturas familiares campesinas. “La venta realmente está muy baja, incluso tenemos siembras que se

nos están pasando porque no hay demanda”, cuenta Tonia. Esta experiencia es compartida por cientos de pequeños productores y productoras a nivel nacional, como muestra el estudio de varias organizaciones de la sociedad civil: aunque la agricultura familiar campesina es la que produce el 60% de los alimentos que los hogares ecuatorianos consumen cada día, ésta fue especialmente afectada por las medidas restrictivas adoptadas por el gobierno actual en el marco de la pandemia y se enfrentó a una ausencia de políticas públicas de apoyo.

...la agricultura familiar campesina es la que produce el 60% de los alimentos que los hogares ecuatorianos consumen cada día...

Debido a las limitaciones en la movilización, muchos productores presentaron dificultades para sacar los productos de sus fincas, tuvieron que pagar más para el transporte, o se vieron expuestos ante los intermediarios que van de finca a finca a comprar los productos, pero pagan precios muy bajos para después revender a precios más altos en las ciudades. También el cierre (temporal) de mercados y ferias campesinas complicó las posibilidades de venta para las y los productores pequeños, que se encuentran en una desventaja frente a las grandes cadenas de supermercados que durante toda la pandemia nunca dejaron de funcio-

nar. Ante estas circunstancias, ¿qué alternativas existen para apoyar a quienes producen a pequeña escala y en armonía con el medio ambiente?

Desigualdades estructurales

Las dificultades generadas por la pandemia no son nuevas; la situación actual únicamente agrava las desigualdades estructurales que marcan nuestro sistema agroalimentario, es decir ahonda las condiciones desiguales de producción, comercialización y consumo de alimentos, sistema en el que, como vimos, la agricultura familiar campesina juega un rol fundamental a pesar de su limitado acceso a recursos.

Y es que para producir alimentos son indispensables dos recursos: la tierra y el agua. Sin embargo, los dos muestran una distribución profundamente desigual en el país.

...los grandes productores que solo representan el 5% de las unidades de producción ocupan casi una cuarta parte de toda la superficie productiva del país (23%).

Según los datos del Ministerio de Agricultura (2016) existen alrededor de 426.000 pequeños productores y productoras en Ecuador que juntos representan el 55 % de todas las unidades de producción. Sin embargo,

en total solo ocupan el 31% de la tierra productiva. Casi el 80% de las pequeñas agriculturas tiene menos de 10 hectáreas. Mientras tanto, los grandes productores que solo representan el 5% de las unidades de producción ocupan casi una cuarta parte de toda la superficie productiva del país (23%). Esto nos muestra que existe una concentración de la tierra en manos de las grandes unidades de producción que, en muchos casos, producen bienes agrícolas para la exportación y no para el consumo interno. A esto se suma que existe un acceso aún más limitado e injusto de las mujeres agricultoras a la tierra, quienes formalmente están a cargo de únicamente una cuarta parte de las unidades de producción.

...las unidades de más de 100 hectáreas solo llegan a 1.880 autorizaciones, pero entre estas reciben 357.972 litros de agua por segundo, es decir, casi 35 veces más que lo que reciben las unidades pequeñas.

Una desigualdad igual de grave muestra el acceso a agua de riego. “Nosotros tenemos el problema del agua”, comenta Tonia María Gualoto. “Para nuestra producción utilizamos agua potable, porque no tenemos agua de riego. Pero sin abundancia de agua, las semillas de las hortalizas que plantamos no germinan”. El mismo Plan Nacional de Riego y

Drenaje 2019-2027 de la extinta Secretaría Nacional del Agua reconoce que históricamente las inversiones en riego se han dirigido principalmente hacia las grandes unidades agro-empresariales dedicadas a cultivos de exportación, mientras que la pequeña y mediana agriculturas han recibido pocos beneficios. Eso se refleja, por ejemplo para el caso de la sierra centro, en el hecho de que las y los pequeños y medianos productores que se dedican a cultivos tradicionales destinados para la alimentación de la población, poseen apenas un 22% de cobertura de riego.

A nivel nacional se muestra que en el año 2018 existen, según el Plan Nacional de Riego, 24.686 autorizaciones de uso de agua para pequeñas unidades de producción de entre 0 y 2 hectáreas, que representaron un total de 10.333 litros de agua por segundo. Mientras tanto, las unidades de más de 100 hectáreas solo llegan a 1.880 autorizaciones, pero entre estas reciben 357.972 litros de agua por segundo, es decir, casi 35 veces más que lo que reciben las unidades pequeñas.



“En el sector de la producción hay una gran diferenciación. Observamos que dentro del mismo territorio puede haber, por un lado, muchísima gente que produce en poca tierra y con poca agua o inclusive sin acceso a agua, y, por el otro lado, poca gente, corporaciones y empresas, que ocupan grandes terrenos incluyendo agua de riego porque históricamente tienen los contactos necesarios y pueden acceder a todos los recursos. Y la desigualdad no se refiere únicamente a las cantidades, sino también a la calidad de los recursos que tienen los diferentes actores.” explica Myriam Paredes, docente universitaria y estudiosa de los sistemas agroalimentarios.

Para ella, las desigualdades sólo se explican a través de una mirada histórica, por ejemplo, tomando en cuenta los resultados de la reforma agraria de 1964. En aquel momento, se repartieron tierras de las haciendas, pero muchas de las tierras que se destinaron hacia las y los pequeños productores eran de mala calidad, no contaban con agua ni con acceso a vías de transporte para poder movilizar los productos de las chacras. Además, las tierras tampoco fueron entregadas de forma gratuita, por lo que los agricultores tuvieron que organizarse entre ellos, muchas veces endeudarse y vender por ejemplo sus animales para poder pagar la tierra.

Así, la mala calidad y la falta de acceso a servicios e infraestructura hicieron el proceso poco duradero. “Después de varios años sin acceder

a mercados para sus productos, sin agua de riego, con una calidad del suelo que disminuye, muchos productores decidieron volver a vender sus tierras, en varios casos a los mismos herederos de la hacienda o a corporaciones que las utilizaron para plantaciones de exportación como de flores o brócoli”, señala Myriam Paredes.

El papel parcial del Estado

“El problema es que el Estado no solamente no apoya a las y los pequeños productores, sino que encima se alinea con los agentes más grandes del mercado, promoviendo por ejemplo a los supermercados”

Tanto en aquel momento de reforma agraria como ahora, el Estado jugó un papel que realmente no favoreció a las y los pequeños productores, sino que más bien se muestra alineado con los intereses de los grandes grupos económicos.

En el contexto actual de la pandemia de COVID-19, como se mencionó, el Estado decidió cerrar ferias campesinas y hasta mercados mayoristas porque se les señalaba como espacios inseguros frente al riesgo de contagios por la aglomeración de personas. Muchas y muchos pequeños productores, así, vieron afectadas sus posibilidades de venta. Al mismo tiempo, desde una alianza

pública-privada se promovió la entrega de kits de alimentos provenientes de las grandes cadenas de supermercados a familias vulnerables. Además, estos kits contenían principalmente productos ultra procesados por lo que la compra de los mismos apoya, en primer lugar, a las industrias alimentarias y a las grandes cadenas de comercialización, mientras dejaban por fuera a la agricultura familiar campesina que produce productos frescos de alto valor nutricional. “El problema es que el Estado no solamente no apoya a las y los pequeños productores, sino que encima se alinea con los agentes más grandes del mercado, promoviendo por ejemplo a los supermercados”, critica Myriam Paredes.

En términos de producción, durante la pandemia el Ministerio de Agricultura impulsó la campaña “El verdadero petróleo está en el agro”, dirigida hacia el fomento de los sectores agroexportadores, rubros en los que nuevamente son los grandes grupos de poder las y los ganadores. Promover las exportaciones de productos agropecuarios de cierta manera debía sustituir la falta de ingresos de divisas debido a la caída drástica de los precios del petróleo, el producto más importante de exportación. Sin embargo, esta política prioriza que se use la tierra en manos de grandes productores para abastecer el mercado global, en vez de dar apoyo a la agricultura que asegura la alimentación de la población ecuatoriana y que se ha confrontado históricamente con reglas de juego desiguales y un acceso poco democrático a

los recursos y a las vías de comercialización dominadas por las grandes cadenas.

El poder de las y los consumidores para construir alternativas

“Eso indica que los consumidores somos una fuerza que puede mover el sistema alimentario si decidiéramos preocuparnos por quién produce nuestros alimentos, cómo se producen esos alimentos y en dónde queremos adquirirlos.”

Pero el Estado, los grandes grupos económicos del sector agropecuario y la agricultura familiar no son los únicos actores que influyen en la esfera de la alimentación y que pueden decidir sobre la forma en la que se organiza el sistema agroalimentario. “En el 2015 las y los consumidores en el país gastaron en bebidas y alimentos como 10 veces más que la cooperación internacional” explica Myriam Paredes. “Eso indica que los consumidores somos una fuerza que puede mover el sistema alimentario si decidiéramos preocuparnos por quién produce nuestros alimentos, cómo se producen esos alimentos y en dónde queremos adquirirlos.”

Qué tipo de agricultura se fortalece depende, por lo tanto, también de las decisiones de consumo de cada uno y una. Para aprovechar este

peso del consumo, las y los consumidores en algunos casos se organizan en conjunto con las y los productores familiares para así darles su apoyo directo, y asegurar, al mismo tiempo, abastecerse de productos frescos y sanos, conociendo su proveniencia.

Uno de estos consumidores que se consideran “responsables” o “conscientes” es Marcelo Aizaga del Comité de Usuarios de Mercado de Alimentos “Qué rico es comer sano y de nuestra tierra”.

“Mientras que el Estado le sigue apostando a la corporación, nosotros, la ciudadanía, le seguimos apostando a estos espacios que nos dan vida”, cuenta, señalando al puesto de hortalizas y frutas de Tonia María Gualoto, en El Cafecito. La responsabilidad que carga el consumidor desde este punto de vista, trata de interesarse por cuáles son las estructuras de producción y comercialización, y cuáles son los diversos impactos que generan los alimentos que consumimos – en las agriculturas familiares, en la tierra y el medio ambiente, y en la salud humana. Pero esta información muchas veces no es transparente o fácil de acceder. “Cuando empezamos a organizarnos, vimos que como consumidores éramos bastante indefensos debido a un proceso de desinformación que hemos vivido con respecto a los alimentos, desde la publicidad y el marketing” comparte Marcelo Aizaga sobre su experiencia. Sin embargo, el contac-

to directo entre consumidores y productores justamente logra eso: dar luces sobre el origen de los alimentos que se compran, la posibilidad de conversar con la persona que los plantó, regó y cosechó y así, generar confianza y conocimiento.

Esta alianza entre productores, productoras, consumidores y consumidoras hace posible crear mayor presión para generar un cambio estructural que fortalezca la agricultura familiar campesina y los espacios de comercialización como las ferias campesinas y los mercados populares que sean accesibles para todas y todos.

“Cuando vienen a comprar y se llevan mis productos, yo me siento feliz porque digo ‘sí, puedo’. Cuando recién comencé, coseché unas lechuguitas muy chiquitas, pero ahora abono mi tierra y se me hacen bien grandes, entonces cuando voy a mi huerto y las veo, me olvido de todo y me pongo muy feliz” cierra Tonia María Gualoto con una sonrisa.

Para más información:

Encuentra un registro de mercados, ferias y canastas agroecológicas en el siguiente link

<https://guia.quericoes.org/>

¿Por qué es necesario transformar nuestro sistema agroalimentario y qué rol juegan las y los consumidores en ello? ¿Se puede cambiar la desigualdad estructural del sistema agroalimentario?

Afortunadamente, existen muchas #Alternativas

FES-ILDIS junto con el @IEE, @Ocaru, @Wambra Medio Digital Comunitario y @La Barra Espaciadora presentan el especial periodístico #Alternativxs – Historias para la transformación social. En esta primera entrega del especial abordamos la situación de los derechos laborales durante la pandemia.

Espera cada lunes un nuevo tema que aporte a la discusión y al debate para transformar el pensamiento económico.